

ADMINISTRACIÓN
LÍRICO-DRAMÁTICA

NO HAY DICHA

NI

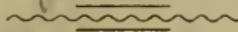
AUN EN EL TRONO

TRAGEDIA HISTÓRICA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. Antonio Bienert y Huñez



MADRID

SEVILLA, 14, PRINCIPAL

1886

NO HAY DICHA

NI

AUN EN EL TRONO

TRAGEDIA HISTÓRICA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. Antonio Bienerl y Huñez

Estrenado con extraordinario éxito

en el Teatro de Novedades el día 14 de Enero de 1886.



MADRID

TIPO-LITOGRAFÍA DE FERNANDO BAENA

1, CAVA ALTA, 1

1886

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

PLACIDIA.— <i>Romana</i>	SRTA. GUILLEN.
ATAULFO.— <i>Primer rey godo</i>	SR. CACHET.
HONORIO.— <i>Emperador romano</i>	» CASAÑER.
CONSTANCIO.— <i>General romano</i>	» OSUNA.
WALIA.— <i>Hermano de Ataulfo</i>	» VENEGAS.
SIGERICO.— <i>Segundo jefe godo</i>	» CAMPOS.
VERNULFO.— <i>Godo, comandante del castillo</i> .	» CAPILLA.
BASCO.— <i>Jefe godo</i>	» GARCÍA.
GISERICO.— <i>Id.</i>	» SOLDEVILLA.
UN GODO.....	» LÓPEZ.

Romanos, godos, soldados imperiales y todo lo concerniente á la Córte de Roma en tiempo de Honorio y á las costumbres de los godos en tiempo de Ataulfo.

El primero y segundo acto pasan en Narbona y el tercero á los dos años de éstos en un castillo muy próximo á Barcelona.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podra, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL PRIMER ACTOR

D. Eduardo P. Cachet.

Al frente de mi primer drama debe aparecer el nombre de mi mejor amigo: por eso doy al tuyo la preferencia, aparte del cariño con que lo has acogido y el buen desempeño que le has dado.

Antonio Bienert.



Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

mi tierna hermana, mi Placidia bella;
la fresca, virginal y casta rosa,
que por su puro aroma, en Roma reina.

AT. Yo la acepto, romano, placentero.....
No hay trono, no hay imperio aquí en la tierra
que compararse pueda á tu Placidia,
ni valga para mí, cual vale ella.
Si un trono, si un imperio, si del mundo
el cetro, mi Placidia apetiesiera,
yo conquistar ofrezco cuanto forje,
ambicionando su ilusión quimérica;
que me sobra valor, poder y gente
para darle cien tronos si lo ordena.

HON. Basta, Ataulfo, lo que la amas,
todos ya sabemos.....

AT. A mi labio deja
que exprese lo que todos también saben,
lo que ninguno ignora.....

HON. Detiene con la mano imperiosa y disimuladamente á Constancio, que
al oír las últimas palabras de Ataulfo, dichas con marcada intención,
hace un movimiento de cólera y le dice en voz baja:
¡Calla!

CONST. Reprimiéndose y con gran cólera aparte.
¡Oh, mengua!

AT. Sin notar, al parecer, lo que ambos han dicho.
En un confin remoto, que á Occidente
de tu imperio magnífico se encuentra,
vieron la luz primera mis pupilas.
Hijo también, cual tú, de estirpe egregia,
una espada, una lanza, una coraza,
fueron inseparables compañeras
desde mi edad temprana de mi cuerpo.
Un potro, un fuerte arnés, armas de guerra,
campos, pueblos, ciudades, montes, llanos,
espacios que cruzar, anchas esferas,
fueron las ilusiones de mi vida;
pelear y vencer, ¡mis sueños eran!
No comprendí jamás que en este mundo
nada más grato á la existencia hubiera,
que palmo á palmo conquistar un reino,
haciendo al conseguirlo, mil proezas.
Pero al entrar con Alarico en Roma,
después de vuestra inútil resistencia,
sediento de matanza y de exterminio;
ardiendo ya la luminosa tea

que en cenizas dejara en poco tiempo,
la que aun llamáis vuestra ciudad eterna;
entre el polvo, la sangre, el humo, el fuego,
el llanto, los quejidos, las blasfemias,
los gritos de placer de nuestra gente,
los ayes de dolor de Roma entera;
¡ví de pronto á lo lejos á Placidia
entre las llamas de un incendio envuelta!
¡Verla! y correr como en el bosque umbrío
corre el león tras la fugáz pantera
cuando en medio del árido desierto
su letargo febril astuta acecha,
y creyendo su sueño interminable
le arrebató el despojo de su presa;
así..... más no fué así, fué más valiente:
que el león al luchar con la pantera
la vence sin trabajo y se la quita,
¡y yo á las llamas le arranqué mi presa!.....
¡Desde entonces su vida ha sido mía:
su pecho por mi audacia, solo alienta;
su amor es la ilusión de mis sentidos,
mi esperanza, mi luz, mi Dios, mi esencia!
¡Por ella, renunciarnos á tu Roma;
por ella, aun tus romanos te respetan!

CONST.

Eso no: de tus feroces hechos
habla y encómialos cuanto tú quieras,
más la lealtad que los romanos tienen
al noble emperador que los gobierna,
no la pongas en duda un solo instante
y más despacio lo que dices piensa.

AT.

¿Más despacio? ¡Por Marte, razón tienes!
¡Cuando otra vez en la ocasión me vea,
he de andar tan despacio, tan despacio,
que no quede en su puesto una cabeza!

HON.

Basta, Ataulfo; de mi fiel Constancio,
las palabras que ha dicho no te ofendan;
se las dictó á su labio la lealtad,
el acendrado amor que me profesa.

AT.

Ni me ofende su dicho, ni me importa.
Mas ya que la ocasión hoy se presenta,
bueno será advertirle á ese mancebo,
que en medio del fragor de la pelea,
con mi hacha ó con mi espada, cuerpo á cuerpo,
sin distinción de si es esclavo ó César,
me bato como bueno y como noble

con el que siempre está de mí más cerca;
pero en paz y en mitad de estos salones,
donde como caudillo ó rey se me respeta,
solo permito hablar á mis iguales
sin que me pidan para hacerlo venia.

HON. Quédese ya este punto terminado. Oyese rumor fuera.
Mas, qué rumor?.....

AT. Mi gente se impacienta.

Desde ayer no me han visto y se figuran
que un siglo ya pasó sin que me vieran.

HON. Vamos, pues, al instante, que se calme
al mirarte conmigo su impaciencia.
Quédate tú, Constancio, en esta sala
y aguarda, que muy pronto doy la vuelta.

Salen Honorio, Ataúlfo y todos siguen á éstos quedándose únicamente
Constancio.

ESCENA II

CONSTANCIO, luego PLACIDIA.

CONST. ¡Corre á Con desprecio dirigiéndose á Honorio.
enseñar el ídolo á su gente!
¡Que no dude de tí la audáz caterva!
El miedo que te infunde su alboroto,
la sangre paraliza en tus arterias.
Bien merecido tienes, ¡gran Honorio!
tantas humillaciones y bajezas;
á Estilicon mataste hace dos años,
después de haber vencido en mil contiendas,
á esos godos que abortó el Danubio,
envidioso quizá de sus proezas,
y hoy el ultraje te devuelven ellos,
hollandando con sus plantas tu diadema.
¡Todo perdido está!..... ¡Mi amor! ¡Placidia! ...
Que hoy Honorio á ese bárbaro la entrega,
faltando á la palabra que há dos años,
con afecto tiernísimo me diera.

Pausa.

¡Qué hacer? ¡Qué hacer? Si la pactada
boda yo intento destruir, si roto queda
el pacto vergonzoso que Ataúlfo
hizo con el emperador, ¿solo por ella?.....
Entregaré mi patria á esos salvajes

que solo de la guerra se alimentan,
y será más cruel, más sanguinaria,
si otra vez en la lucha nos vencieran.

Pausa.

Esperemos aun, tengamos calma;
quizá mi carta Constantino vea,
y caigamos los dos sobre esa gente
á un mismo tiempo en la gigante sierra
que divide la Hispania de las Galias,
y entonces sí que su derrota es cierta.
Calma, pues, y esperemos resignados.

Desde fuera gritando el ejército godo.

Dentro
CONST.

¡Viva Ataulfo! ¡Viva!

¡Cual vocean!

Dentro.
CONST.

¡Viva Ataulfo! ¡Viva!

Ya en la plaza

al lado de su ejército se encuentra.
Hoy el ídolo es, quizá mañana
esos vivos en muertas se conviertan.

Entra al balcón y queda fuera de escena.

PLAC.

Saliendo por la derecha sin ver á Constancio, poseida de gran exaltación.

¡Oh, vergüenza! ¡Oh, baldón! No haber nacido
mejor, ¡Oh, Dios! ¡que así vivir quisiera!

¿Qué se ha hecho de esa Roma tan gigante?

¿De esa imperial ciudad del mundo reina?

¡Un puñado no más de hambrientos tigres
sedientos de botín y de pelea,

bastantes fueron á domar su orgullo,

y hoy se arrastra á los piés de quien la afrenta! *Pausa*

¡Oh, mártirio! ¡Oh, baldón! ¡Cruel vilipendio!

¡A que Dios por sus culpas la condena!

Mas no será mientras Placidia viva
y Constancio le ayude en su árdua empresa.

¡El collar infamante del esclavo,
para siempre degrada al que lo lleva,
si con sus manos y el dogal de hierro
el infamado cuello no se siega!

Da algunos pasos Placidia hacia el balcón y ve á Constancio que ya se preparaba á volver a escena.

¡Ah, Constancio, Constancio!..... ¡Te buscaba
y al fin te encuentro aquí!.....

CONST.

¡Placidia bella!

En tus brazos estoy como otras veces;
pero esta debe ser ¡ay! la postrera.

PLAC. ¡Oh, no digas tal cosa, mi Constancio!
Antes la muerte entre tus brazos venga,
que no verte ya más! ¡Es imposible!

Con fuego creciente.

¡Tu amor es la ilusión de mi existencia;
sin tu amor, esta vida la desprecio!.....

¡O tuya, mi Constancio, ó tuya ó muerta!

CONST. ¡No hay remedio, Placidia, no hay remedio!
Separarnos los dos hoy aquí es fuerza.

PLAC. ¡No será así, si tú con tu denuedo
al plan que he meditado ayuda prestas!

CONST. ¡Por no perderte yo, Placidia amada,
de todo en este mundo capáz fuera!
¡Pero la patria exige un sacrificio:
en grave riesgo la nación se encuentra
y Placidia y Constancio deben hoy
sacrificarse por su patria escelsa!

PLAC. ¡Yo no puedo, Constancio, yo no puedo!

CONST. Es preciso..... Placidia.

PLAC. No.

CONST. ¡Sí! Piensa.....

PLAC. Nada quiero pensar, que yo me basto
y me sobra valor para esta empresa.
Hoy, de la ardiente sangre que he heredado
de mi padre Teodosio, daré pruebas.

CONST. ¿Qué pretendes hacer?

PLAC. ¡Morir mil veces!

¡Ya que, cobarde, sola tú me dejas
sabrás como en Narbona, una romana,
del bárbaro opresor, audáz se venga!
¡Verás vibrar el punzador acero,
en la que tú juzgabas débil diestra,
y herir el corazón de ese Ataulfo,
que cual tú, me creyó dócil y enteca!.....

¡Patria, honor, religión, amantes lazos,
timbres, glorias, ejércitos, diademas,
esclavos, circos, templos, capitolio,
palacios, armas, nobles y doncellas;
todo empañado está por esos godos,
todo gritando está venganza y guerra!

¡Y hasta en las sombras que en la noche oscura
cruzan errantes por mi sien, que quema,
oigo siempre doquier estas palabras:

¿Roma sin honra está?..... Pues Roma muera!

CONST. ¿Morir? ¿Y qué es morir sin el placer

de devolver ofensa por ofensa?
En tu pobre cerebro no ha cabido
más que una sola y dominante idea.....
¡La muerte de Ataulfo! ¡Y qué es su vida?
¡Un átomo perdido en las tinieblas;
una gota de agua de los mares
que la encrespada ola arroja en tierra,
sin dejar tras de sí rastro ninguno.....
¡Un grano en polvo de impalpable arena!.....
¡Si matas á Ataulfo, otros ciento
jefes serán de su feróz caterva
y de tu pueblo por tomar venganza
hoy que indefenso por su mal se encuentra,
no dejarán de él solo, ni aun el nombre....
No quedará una piedra sobre piedra!
Si á la deshonra añades de la patria
esta deshonra y esta afrenta nueva,
ni tienes corazón, honor ni bríos,
ni noble sangre corre por tus venas;
mata al rival y que se pierda todo.
¡Roma sin honra está? ¡Pues Roma muera!
Y morirá, Constancio, no lo dudes;
cuando un pueblo ha perdido su grandeza
después de que ha asombrado á las naciones
con mil conquistas que en sus fastos cuenta,
y todo en una mísera batalla
lo pierde por molicie ó por inercia,
y añade á la derrota el vilipendio
de las grandes naciones que hizo siervas;
sus mismos hijos deben darle muerte.
¡Cual Numancia murió, que Roma muera!

PLAC.

ESCENA III

Dichos. — HONORIO

HON. Que debió aparecer en la puerta del foro desde la mitad de la escena.
¡Basta, Placidia, basta; no prosigas!
Te he escuchado un instante, y más valiera
que nunca tus palabras á mi oído,
en un día, cual hoy, llegado hubieran!
¡Qué pretendes hacer? Mira á Constancio;
¡ya escuchaste al romano como piensa;
ya has visto de qué modo se tortura

el alma, el corazón y la existencia!
Ven á mis brazos, ven, Constancio amigo! Se abrazan.
Comprendo tu valor y tu nobleza. Dirigiéndose á Placidia.
Yo, mi imperial palabra aquí te empeño,
de que tan luego como esté dispuesta
nuestra gente á la lucha que reclama,
la sangre, que vertieron indefensa;
Constancio, decidido con mis tropas,
rescatarte sabrá aunque tuviera
que revolver el universo entero,
para partir contigo mi diadema.

PLAC.

¿Y tú sabes, hermano, lo que exiges?
¿Tú comprendes, Honorio, lo que cuesta
sufrir la humillación que me propones?
¡Al lado verme siempre de esa hiena!
¡Aceptar sus halagos, sus caricias!
¡Ver manchado mi amor y mi existencia!
Amar hasta el delirio á mi Constancio;
renunciar á la dicha que me espera
en sus amantes brazos y ya nunca
poder en el altar darle mi diestra,
sin ofrecerle las primicias todas
que el verdadero amor ansioso anhela.
Esto, ni tú es posible que lo exijas,
ni Constancio es posible que á esto acceda;
los que, cual él y yo nos adoramos,
preferimos morir á estas bajezas.

HON.

Piénsalo bien, Placidia.

PLAC

Lo he pensado,
y á vengarme y morir estoy dispuesta.

HON.

¡Pues todos moriremos; ni uno solo
ha de quedar en pié si tu te empeñas!
¿Yo que hasta en sueños vi ya nuestra venganza
por mil centuplicada y satisfecha,
habré de renunciar, porque un hermano
hoy ser verdugo de su patria quiera?
Bien, Placidia, será; ya no discuto.
Ya no dudo un instante; corre, vuela;
si un arma ^{quieres} quieres con que darle Blandiendo un puñal.
á ese bárbaro audáz muerte sangrienta,
toma ahora mismo una de tu hermano: Se oye rumor en la
plaza.

¡hiérele sin piedad!..... Oyes, se acerca.

Ya el rumor se percibe de su gente.

Voces.

¡Viva Ataulfo!....., ¡Viva!

- HON. Ya penetra
en el palacio de tu noble padre;
¡mátale pronto y que maldita sea
hasta la hora en que enjendrada fuiste
por el hombre más noble de la tierra!
- PLAC. ¡Oh! ¡No seré maldita con justicia,
ni á su nombre inmortal causaré mengua! Arrebatando
el puñal á Honorio.
¡Dame el puñal, que con mi vida sola
todo acabado está!
- HON. Que ha podido evitar lo hecho por Placidia, desenvainando su espada
grita de este modo á Placidia
- HON. ¡¡Espera!! ¡¡Espera!!
Placidia queda inmóvil mientras Honorio dice:
¡Por el honor del padre que invocamos;
por el descanso de su vida eterna;
por el Dios de los astros y del mundo,
yo te juro, Placidia, que mi diestra
con este acero se hundirá en mi pecho,
al mismo tiempo que tu brazo extiendas!
- PLAC. Arrojando el puñal anonadada.
¡Oh, basta, basta ya! ¡Dios soberano!
¡Para tanto martirio dadme fuerzas!

ESCENA IV

HONORIO.—CONSTANCIO.—PLACIDIA.—ATAULFO.

- AT. En el momento de concluir Placidia su última frase, entra por el fondo
se dirige resueltamente á ésta, y tomándola en sus brazos, dice apasio,
nadamente:
¡Oh, Placidia, Placidia de mi alma!
¡Por fin lograré encontrarte, clara estrella!
¡Que ví en las sombras de una noche oscura;
faro de la esperanza; do se acerca
el náufrago perdido que á lo lejos
divisaba su luz entre tinieblas!
Si es cierto que al perdido navegante
la clara luz del faro aliento presta,
y en la esperanza solo de alcanzarlo
redobla sus esfuerzos y al fin llega;
yo á tí, con todos los del alma,
que del cuerpo mezquinos por tí fueran,

llego aquí cual el náufrago perdido
en el vasto desierto de la tierra;
¡alumbra tú, mi vida, al ser mi esposa,
y yo en cambio, del mundo te haré reina!

PLAC. Confusa ¡Oh, señor!

AT. ¡Yo, señor! No; soy tu esclavo.

Estos lazos, fuertísimas cadenas
son de mi esclavitud, que yo idolatro,
y nunca ya jamás, rotos se vean.

PLAC. En la mayor confusión pugnando tímidamente por separarse de él.
¡Oh, por piedad!

AT. ¡En tus divinos ojos
¿qué dolor ó qué angustia se refleja?
¿Lágrimas son quizá que el pudor vierte?
¡Tú, de Roma y su imperio la más bella,
de todas cuantas vírgenes existen
desde el confin de Hispania hasta la Persia! Cogiéndola
otra vez en sus brazos.

Ven á mi lado, ven. La ceremonia á Honorio,
al punto, Honorio, que se apreste ordena,
que ni un momento más quiero se tarde
en realizar la dicha que me espera.

HON. Todo dispuesto está; el sacerdote
ya nos aguarda á todos en la iglesia.

AT. A Placidia. Pues, vamos, y la luz del sol naciente
refleje con sus rayos tu diadema,
Para que al contéplarte mis soldados
y al ver tu palidez que más aumenta
la hermosura divina de tu rostro,
entusiastas te aclamen por su reina.

HON. Con un ademán imperativo á Placidia, que duda un momento dramáti-
camente.

¡Vamos! Cogiendo á Placidia de la mano, se dispone á salir.

AT. ¡Vamos, pues!

En el momento de ir á salir por el fondo, aparece Sigerico con un per-
gamino en la mano, y deteniéndolos á todos, dice en medio del rumor
que se oye en la plaza.

ESCENA V

Dichos.—SIGERICO.

Sig. ¡Noble caudillo,
escúchame un instante! Gritos en la plaza.

- Dentro.* ¡Muera! ¡Muera!
AT. ¡Qué gritos! ¿Quién se atreve?...
SIG. ¡Tus soldados son los que gritan! mira.
AT. ¿Qué desean?
¿Ese tumulto, dí, ¿quién lo ha movido?
¿Qué ha pasado? ¿Qué piden?
Desde fuera otra vez con furia mayor.
- Dentro.* ¡Muera! ¡Muera!
SIG. La muerte de un infame, que tramaba
con un crimen manchar las glorias nuestras.
AT. Dilo, pues, Sigerico; ¿cómo ha sido?
¿No ves que me devora la impaciencia?
SIG. La causa del tumulto es un romano
que detuvo tu gente en las afueras
de la ciudad, matándolo al momento
que descubrió de su traición la prueba.
AT. ¿Cuál?
SIG. Un pliego se le halló en el pecho
que el general Constancio firma y sella.
El escrito aquí está: también su firma:
si quieres descifrarlo, mira. Mostrándole el pergamino,
AT. Como poseído de un vértigo, coje el pergamino y mostrándosele á
Constancio dice: ¿Es esta
tu firma, dí?
- CONST. Sin inmutarse. ¡Si!
AT. ¿Y en este pliego
lo que escuchaste está? Dilo, no temas.
CONST. Es cierto; cuanto dijo Sigerico
dice ese escrito en sus trazadas letras.
AT. Y al confesar traición tan fementida
en este instante y ante mí, ¿no tiembblas?
CONST. Con gran desprecio.
¡Yo no temblé jamás!..... Mira mi mano,
mira mi altiva frente, mi presencia;
y dime si un momento, si uno solo,
adviertes en mi ser tan ruín bajaiza.
AT. ¡Es verdad! Y me admira tu arrogancia.
Mas no; ya entiendo. Tu altivez no acierta
á comprender tu bárbaro castigo,
que á someterte va mi atróz sentencia.
- CONST. ¡Sí lo comprendo, sí! Ya lo digiste;
de un bárbaro, cual tú, todo se espera.
Mas ni un instante temblará mi cuerpo;
tú á combinar crueldades, yo á vencerlas.
AT. ¿Y quién más cruel é infame en esta lucha?

¿Tú, que traidor á nuestra vida atentas,
ó yo que generoso abandonaba
por mi Placidia mi conquista egregia?
Un castigo ejemplar he de imponerte,
que iguale á tu alevosa extratagema:
¡Tan grande! que se asombre el universo
cuando tu crimen y el castigo sepa.

HON

Con ira ¡Basta, Ataulfo, basta! ¡No es posible
sufrir ya tanta humillación y mengua!

Dirigiéndose á Constancio.

Cuanto en lo humano hacer un hombre pudo,
cuanto un Rey de más noble hizo en la tierra
por su patria infeliz. tú y yo hemos hecho.

Dirigiéndose á Ataulfo lo mismo.

Todo acabado está. Roto aquí queda
el pacto vergonzoso que en mal hora
hice con quien me humilla y vilipendia.
Como quien eres obra, ya que el hado
así contra nosotros se revela.

AT.

¿Qué estás diciendo, Honorio?

HON.

Que me cansa

sufrir tantos insultos. La suprema
autoridad ejerzo en estos reinos
mientras ciña mi frente esta diadema,
y no tolero en mi imperial recinto,
que nadie en él con potestad se crea,
para dictar castigo contra alguno,
que de mi vasto imperio aun hoy dependa.

PLAC.

Bien, hermano; ahora reconozco
que eres la sangre misma de mis venas.

Dirigiéndose á Ataulfo y Sigerico.

Ya todo ha concluido entre nosotros,
verdugo, que tus víctimas esperan.
Cual bárbaro inhumano, que el derecho
de las cultas naciones no respeta,
y abusa del poder cuando el acaso
le da ventajas que el honor reprueba,
debes mostrarte aquí, tigre sangriento: A los dos.
leones implacables de las selvas,
teñid con sangre vuestras fieras garras;
las víctimas tranquilas aquí esperan.

AT.

¡Oh, Placidia, Placidia! ¡Calla, calla!
¡Tu amor es la ilusión que me enagena!
No un trono, no un imperio, hasta del cielo
la corona inmortal gozoso diera,

por no haber escuchado esas palabras que cual agudo dardo aquí penetran. Llevándose la mano al pecho.

¿Qué quieres? Manda, á tu poder me humillo: las frases de tu hermano el viento lleva, pasaron como ráfaga que cruza manchando el rostro que azotó sin mengua. Dime, Placidia, dí que no has sentido esas palabras que mi fin decretan, que un concepto tal vez equivocado hizo indudablemente las dijeras, pues si tu amor divino en que confío le faltara ahora mismo á mi existencia, no el imperio romano, el de este mundo, el cetro universal de la ancha tierra, lo vieras conmoverse en sus cimientos y en sangre hasta los mares se tiñeran.

PLAC.

Pues bien; el general conde Constancio, origen que fué aquí de esta contienda, de Narbona saldrá en este instante sin que nadie atajar su paso pueda: y una vez pronunciado el juramento que muy pronto á los dos unirnos deba, saldremos de este pueblo con la gente que cual rey ó caudillo te respeta.

AT.

¿Qué me exiges, Placidia? ¿Qué me exiges? ¿Salir de esta ciudad? Cuando tú quieras, pero para el traidor que quiso artero envolvernos á todos en la horrenda trama, que á lo menos destrozado á mi leal ejército allí hubiera; ¡no puede haber piedad! Ni el mismo Honorio á quien de su crimen yo doy cuenta, lo podrá perdonar: y á su justicia

Presentándole el pergamino

lo acuso por traidor con esta prueba.

HON.

Y yo obrando lealmente lo declaro de toda mancha exento.

Dando la mano á Constancio.

Y mi real diestra le doy para si cabe más honrarlo cual debe un rey honrar al que así aprecia.

AT.

Si no lo viese en tí y en este instante; si un caso igual á mí contado hubieran,

- esclavo ó emperador, rey ó soldado,
¡mientes, con toda el alma le dijera!
- CONST. Si mi sangre verter anhelas tanto,
yo te dare ocasión. En esa prueba,
de la que tú llamaste traición mía,
fijo el sitio y el día. La defensa
de ese tu gran ejército prepara,
que yo te buscaré en la audáz contienda
y cuerpo á cuerpo al frente de los nuestros.
ó tú viertes mi sangre ó yo la vuestra.
- AT. Acepto, acepto, y si mostrarme quieres
que de valor un átomo te resta,
no faltes por tu honor á esa palabra.
¡Para matarte bien/ un rey te espera,
que aunque recibas honra grande en ello,
si acudes á ese duelo, tu fin llega!
- CONST. ¡Lo juro por mi honor!

AT, ¡Yo por el mío!

Se oye en este momento gran tropel, y al último muera de los que van á decirse seguidos, entra á escena gran porción de soldados godos con las armas en las manos y amenazadores y coléricos.

Dentro. ¡Muera Constancio.

Todos dentro... } ¡Muera! ¡Muera!

Entrando todos... } ¡Muera!

AT. Interponiéndose. ¡Y morirá, soldados: yo os lo juro!
Todos se detienen.

Mas no indefenso aquí y en mi presencia,
en combate leal y cuerpo á cuerpo,
con mi hacha ó con mi espada y por mi diestra!

Todos los godos queriendo arrojar sobre Constancio, amenazadores y terribles, dicen:

Todos. ¡No, no, muera!

AT. Avanzando á sus soldados, que conforme avanza hacia ellos amenazando, se van retirando respetuosamente hasta salir todos y quedan en escena los mismos personajes que había.

¡Silencio! Yo lo mando.

¿Quién osará oponerse á lo que ordena
vuestro caudillo aquí? ¡Ay del que grite!
¡Ay del que aquí otra vez sus labios mueva!

Avanzando á ellos.

¡Atrás, atrás, soldados, yo lo mando!

¡De esta estancia salid; todos afuera!

Todos salen respetuosamente y en el mismo momento le dice á Placidia cogiéndole la mano con gran cariño.

¡Y tú, Placidia, ven; vamos al templo,
que de Hispania y de mi ya eres la reina!

Se dirige por el fondo con Placidia de la mano y los siguen Honorio
y todos menos Constancio.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón cerrado. -Al empezar el acto Sigerico ve desde la puerta del foro donde se halla llegar á Walia.--Este salón debe tener una puerta á la derecha del espectador, otra de balcón enfrente de ésta y otra en el fondo.--Es de día.

ESCENA PRIMERA

SIGERICO.—WALIA

SIG. ¡Walia!

WALIA. Abrazándole. ¡Sigerico! Ni aun matando los mejores caballos, á este pueblo he podido llegar antes de ahora, y tarde al fin por nuestro mal hoy llego.

SIG. Tienes razón: tu hermano ya casado con la romana está.

WALIA. ¿Y tú qué has hecho?
¿Por qué, dí, no tratastes de impedirlo?
¿O demorarlo hasta venir yo al menos?

SIG. No conoces entonces á tu hermano.
Es huracán furioso del desierto que arrolla cuanto opónese á su paso.
¡Ay de tí y ay de mí! Guárdate de ello, porque ni á tí que tanto te idolatra, respetara rugiente en su despecho.

WALIA. ¡Y han de acabar las glorias de los godos

porque el caudillo en su delirio ciego
sin consultar la hueste valerosa
que por rey ya lo aclama de este imperio,
no atienda nada más que á sus sentidos
paces y bodas á su antojo haciendo?
¡No tanto! ¡No por Dios! Es necesario,
pues que ya ese consorcio quedó hecho,
que sepa la verdad; y aun es posible
que encontremos al mal pronto remedio.

SIG. Ya es tarde.

WALIA. ¿No: aún no es tarde. Tú no sabes
que de un engaño vil ha sido objeto?

SIG. ¡Qué dices!

WALIA. La verdad. Esa Placidia
que hace poco con él salió del templo,
es una infame meretriz que Roma
entre burlas sangrientas y desprecios
señala publicando los favores
que obtuvo de ella un conde amante y diestro,
dejándola manchada para afrenta
del valiente caudillo que tenemos.

SIG. Y eso que dices, Walia, ¿quién lo afirma?

WALIA. Yo lo digo y lo afirma todo un pueblo.
y hoy probarlo sabré ante mi hermano
aunque á sus piés cayera después muerto.

SIG. ¿Tienes pruebas?

WALIA: Ninguna; más confío
que ella misma descubra su secreto.

SIG. ¿De qué modo?

WALIA. Ya después lo verás.

SIG. ¿Y si te engañas?

WALIA. No. ¿Contigo puedo
contar siempre, verdad? No dudes, dilo.

SIG. ¿Pero, seguro estás?

WALIA. ¡Sí, por el cielo!

SIG. Y en el plan que medito has de ayudarme.
Tuyo soy siempre, Walia, fé en tí tengo,
y aunque perezca yo por ayudarte,

WALIA. Si después que Ataulfo el caso sepa
no mata á esa mujer y rompe fiero
esos pactos odiosos que en mal hora
para su eterna mengua deja hechos;
el crimen se le cuenta á nuestra gente,
y un castigo á la adúltera al momento

le impondrán nuestras tropas, si nosotros todo este asunto manejar sabemos. Rumor dentro.

- SIG. Ya basta: que tu hermano se aproxima con la corte de Roma y con su séquito.
- WALIA. Ahí fuera aguardaré que tú le avises de mi llegada aquí..... También espero que á Basco y Giserico los prepares para empezar el plan sin perder tiempo: pues si vosotros todos me ayudáis las glorias de los godos aun no han muerto. Sale por el fondo.

ESCENA II

ATAULFO, HONORIO, PLACIDIA, SIGERICO y toda la Corte goda y romana en pos de estos tres con trajes de la época de gran lujo.

Ataulfo y Placidia quedan en el centro de la escena: Honorio casi al lado de ellos y las cortes goda y romana á ambos lados de los principales personajes.

- AT. Cogido de la mano de Placidia con gran pasión
Ya soy feliz: cuanto mi alma ansiaba cumplido al fin para mi dicha veo.,...
Habla, mi esposa ya, que de tus frases yo escuche el dulce y armonioso eco, y al percibir mi alma enamorada tu arrobador y virginal acento, aumentará si cabe la ventura de mi ardiente y voráz loco deseo.
- PLAC. Con algún trabajo sobreponiéndose á su pena.
Ya en el altar te he dicho que mi mano era tuya por siempre.
- AT. Y yo la acepto
como el dón más precioso que me diese el Dios que rige el universo entero.
- HON. Dirigiéndose á todos los presentes.
La ceremonia queda concluída, celébrense con públicos festejos estas bodas que á todos interesan y afianzan la paz de nuestros reinos.
- AT. Todos los godos cuida, Sigerico, que se preparen á marchar tan luego como mi esposa ordene la salida

- de este augusto palacio y de este pueblo.
- SIG. Yo cumpliré tus órdenes; mas antes sabe que Walia de su potro negro acaba de apearse en este instante y solicita verte en el momento.
- AT. ¿Mi hermano? ¡Oh! sí, que venga ¿Por qué tarda? Dile al punto que pase, lo deseo; que mi hermano y Placidia son del alma los dos lazos más puros y más tiernos.
- Sale Sigerico por el fondo. Despide á Honorio, sale foro y conduce á Placidia á la izquierda.
- ¡Oh! Mi hermano, mi hermano. ¡Cuánta dicha en un dia tan solo me da el cielo!

ESCENA III

ATAULFO.—WALIA *que entra por el fondo.*

- WALIA. ¡Ataulfo!
- AT. Abrazándolo. ¡Walia!
- WALIA. ¡Hermano!
- AT. ¡Cuánto ansiaba verte en mis brazos, como al fin te veo! ¡No faltaba ya más á mi ventura que tenerte á mi lado y ya te tengo!
- WALIA. Cuando supe tus bodas, con mi gente salí de Roma sin perder momento, para ver si llegaba algunas horas antes de consumarse ese himeneo. Con pesar. Pero tarde he llegado... . Pues me han dicho que esas bodas pactadas ya se hicieron.
- AT. Para eterna ventura de tu hermano. El más feliz del orbe me contemplo. Cuando conozcas á mi amada esposa, verás si es digna de tu noble afecto. No hay mujer en la tierra que se iguale á esa mujer, á la que adoro ciego.
- WALIA. ¿Tanto la amas, hermano?
- AT. Con pasión. ¡Oh, sí! La adoro como sabe adorar solo este pecho,.... Mira la nube errante que engalana con mil colores el luciente Febo;

mira ese ancho mar do se refleja
el azul é infinito firmamento;
mira de Roma los prodigios todos
que acumuló la ciencia y el ingenio;
la luna, el sol, los astros y la tierra,
los triunfos que alcanzaron nuestro esfuerzo;
mira la gloria, en fin, si allá en tu antojo
alguna vez se la forjó el deseo;
y más grande, más bella, más divina
que esa luz, esos astros y ese cielo
yo me pinto á Placidia, aquí en mi mente,
y más que á todo admiro y apetezco.

WALIA. Con intención marcada.
¿Y si acaso, Ataulfo, por desgracia
tuvieras que perderla?

AT. Con lástima. ¡Calla, nécio!
¡Separarme yo de ella! No es posible.
Aun muerta me tuviera por su dueño:
que el soplo de su vida se acabara,
mas su espíritu no, que está aquí dentro.
Señalando al corazón,

WALIA. Con gran calma. Pues guárdale con maña, hermano mio;
pero escucha y sabrás como yo pienso
de esas pasiones que hasta el alma llegan
y enloquecen violentas el cerebro.
Ese espíritu ó amor que así se interna
invisible é impalpable en nuestro cuerpo,
sin forma, sombra, sin color ni luces,
sin nada que le pueda poner freno;
tan libre como el aire del espacio,
tan fugáz como él y más violento,
es muy fácil que salga como ha entrado
y deje en su lugar vergüenza y tedio.

AT. ¡Explica, explica esas palabras, Walia!
¿Qué me quieres decir?

WALIA. Con gran calma. Nada.

AT. No acierto
dónde fuiste á parar; mas en mi alma
no sé que afán desconocido siento.
Habla: ¿qué me quieres decir? Esas palabras
explícalas al punto.

WALIA. Como dudando, Yo... No debo
herir tu corazón. Veo cuanto amas
y además, que no sé nada de cierto.

AT. Con un dardo ó puñal que mis entrañas

implacable y tenáz fueras rompiendo,
no me hicieras, hermano, tanto daño
como haciéndome estás. ¡Habla! Con ira,

WALIA. Bajando la voz, Acabemos.
Esa mujer te engaña.

AT. Fuera de sí. ¡Mi Placidia!
¡Mi esposa, mi ilusión, mi Dios, mi cielo!
Cogiendo a su hermano bruscamente y como en actitud de herirlo,
¡Mientes, villano; mientes, miserable!
¡Vas á morir! Mas no, yo te desprecio.

Arrojándolo de sí,
WALIA. ¿A un hermano que tanto te idolatra
así lo tratas tú? Morir anhelo:
que si es verdad lo que se cuenta en Roma,
si es verdad lo que dice todo un pueblo,
tu deshonor á tu hermano también llega,
y por vengarla ambos moriremos.

AT. Fuera de sí y como sin darse cuenta de lo que ha oído,
¡Roma, deshonor, muertes! ¿Qué sucede?
¿Será que loco se volvió el cerebro?
¡Tanta ventura hoy, tanta ventura!
¡Es indudable, sí, loco me ha vuelto!
Mas no: yo no estoy loco; en mi cabeza
se condensa y coordina el pensamiento.
Señalando á Walia y luego á él.

Este el Walia, mi hermano. Yo Ataulfo.
¡Mi Placidia está allí! Señalando la puerta de la izquierda.
¿Será esto un sueño?
No; tampoco, tampoco mis sentidos
trastornados no están. ¡Yo estoy despierto!
¡Dí que mientes, hermano, di que mientes
ó de mí no respondo!

WALIA. Yo no miento.
Te he dicho lo que cuentan.

AT. Tratando de contenerse. Mas... ¿Qué dicen?

WALIA. Que Placidia y Constancio son dos tiernos
amantes que se adoran, y manchada
para sellar el pacto te la dieron.

AT. ¡Ira de Dios! ¡Mentira, ruín, infame!
Calumnia vil de un irritado pueblo,
que se siente azotado por mi diestra
y se venga ultrajándome protervo.
¡No es capáz mi Placidia de tal mengua,
ni Constancio, ni Honorio; no lo créo!
¡Es mentira, es mentira! Aquí en el alma

á gritos una voz lo está diciendo.

Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.

Mas espera, que pronto de su boca
vas á oír la verdad y ¡ay, después de ellos!
Que el león ya despierto y azotado
rompe sus garras desgarrando pechos.

WALIA. ¿Qué vas hacer? Espera. Queriendo detenerle.

AT. Rechazándole con ira. ¡No!

WALIA. ¡Ataulfo, yo vengarte de todos te prometo!

ESCENA IV

ATAULFO.—WALIA.—PLACIDIA.

AT. Se acerca á la puerta de la derecha y llama á Placidia.

Placidia ¡Placia, Placidia!

WALIA, Tratandó de contenerlo. ¿Qué haces?

AT. ¡Calla! A Walia con imperio.

¡Placidia, ven aquí!

PLAC. ¿Qué quieres?

AT. Abrazándola con amor y queriendo calmarse.

Quiero

que desmientas ahora aquí un agravio
que los romanos á tu honor hicieron.

PLAC. ¿Qué es ello, en fin? Con dignidad y entereza.

PLAC. Con dignidad, ¿Quién se atrevió?

AT. A Walia con alegría abrazándola con cariño.

¿Escuchaste, Walia? Escucha.

Ésta es mi esposa amante, mi embeleso;
escucha, y al oír la de vergüenza
muere al pensar que lo creíste ¡necio!

AT. Una calumnia infame:

de tu honor á dudar ¡ay! se atrevieron.

Mas yo no lo he creído ni un instante.

Tu honor ya es de mi honor el limpio espejo,
y al mirarme en tus ojos ahora mismo,
tan claro cual la luz del sol lo veo.

A Walia. Repite tus palabras; ¡habla hermano!

WALIA. Es que yo...

AT. Nada temas.

WALIA. Yo no temo.

Mas... Comprende, Ataulfo, que es muy duro

lo que exiges de mí.

AT.

Si, calla, es cierto.

Vergüenza de tí mismo en este instante
tienes hermano... Sí, ya lo comprendo.

Con amor á Placidia.

Escucha, mi Placidia: dice Walia
que en Roma... unos infames le dijeron
que tú y Constancio... Mas si no es posible:
si cual él yo tampoco ahora aquí puedo
decirte la calumnia atróz, infame
que pesa sobre tí y que yo desprecio.

Contéstame, Placidia: ¿Tú has amado
Placidia baja la frente.

á ese Constancio? Dí, responde presto,
que por cada un instante que se pase
sin que pueda escucharte desmintiéndolo,
no ya en el corazón, dentro del alma
horrible dardo que se clava siento.

¿Pero aún callas? Responde.

WALIA.

Hermano, calma.

AT.

Pídele sombras al radiante Febo;
pídele claridad á ^{la} negra noche;
al mar en sus borrascas ponle freno,
límite pon al pensamiento osado;
manda al rayo no rasgue audáz los vientos;
detén ese torrente caudaloso
víctima errante del furioso piélagos,
pero no intentes no, calmar mis ansias
mientras de esta mujer dure el silencio.

PLAC.

Pues bien, hiere y acaba: verdad es todo.
No tengas compasión, que yo no tiemblo.

AT.

Fuera de sí completamente. ¡¡Rayo de Dios!!

WALIA.

¡Hermano!

AT.

Aparta. Vete.

PLAC.

¡Hiere!

AT.

¡Infame! Sombras del averno
salid de vuestros antros pavorosos;
rodead en el acto nuestros cuerpos
y húndanse nuestras almas con vosotras
en la eterna mansión del fuego eterno.
Vete Walia, lo exijo.

WALIA.

¿Qué pretendes?

AT.

Sal al instante; sal de este aposento
sepulcro momentáneo de dos seres
que á hundirse van en el abismo intenso.

- WALIA. Escúchame, Ataulfo.
AT. Fuera de sí. Nada escucho.
WALIA. Como queriendo persuadirlo. Espera y te diré...
AT. Amenazador y terrible. Mira que veo
la sombra de Caín cruzar errante
por mi turbado y loco pensamiento
y en vapores de sangre se convierte
que suben y no pasan del cerebro.
WALIA. Pero...
AT. ¡Fuera de aquí! Sale Walia por el fondo.

ESCENA V

ATAULFO.—PLACIDIA

- AT. ¡Ya estamos solos!
¿Solos? No... Con las sombras que apetezco
que ante mis ojos en terrible danza
pasan tu muerte sin cesar pidiendo...
Dirigiéndose á las sombras que cree ver.
¡Esperad, esperad, que pronto vamos!
Con gran desprecio y adelantándose á él.
PLAC. Hiere, pues, sin tardar, morir anhelo.
Con ira reconcentrada.
AT. ¡Oh, sí, te mataré! Pero antes dime
de tu infame traición todo el concierto.
PLAC. ¡Oh, basta ya!
AT. No basta, tu suplicio
no ha de ser, no, la angustia de un momento,
sino la fiebre lenta que una á una
rompe las fibras del doliente pecho.
Habla ya y discúlpate si puedes;
de tu traición confiesa los extremos,
de tu amor háblame, de tus delicias,
de los impuros y ardorosos besos
que á esos labios de púrpura robaron
y encendidos y amantes devolvieron.
Cuéntame tu deshonra, de tu infamia,
que á duras penas por mi mal comprendo,
díme el motivo.
PLAC. No.
AT. ¡Sí, yo lo exijo! Como poseido de un vértigo.

PLAC. Aunque mil veces mi existencia acabes
no saldrá de mis labios ni un acento
que pueda descubrir lo que en mi alma
para siempre guardar yo me he propuesto.

AT. Un mar de dudas mi cerebro agita;
hirvientes olas de encrespado fuego
cruzan ante mi vista, confundidas
con las dudas horribles que sostengo.

PLAC. Ya te lo he dicho. Mi traición es cierta.
Te he engañado, Ataulfo.

AT. No te creo.

¡Es mentira. es mentira! Aquí en el alma
sin cesar una voz grita diciendo:
aunque lo diga Roma vengativa;
aunque lo diga el universo entero;
aunque Placidia misma lo confirme
su muerte y su deshonra apeteciendo,
y á ser posible, hasta ese cielo mismo
lo divulgue en la tierra, yo lo niego;
miente Roma, Placidia, todo el mundo,
y por mentir, hasta mintió ese cielo!

PLAC. Ahora que me has juzgado como debes,
ahora sí que hablaré.

AT. Te escucho atento.

Pausa.

PLAC. Hace dos años que mi hermano Honorio
para premiar los relevantes hechos
del general Constancio, que de Roma
ha sido siempre el hijo predilecto,
y para honrarlo más, si mayor honra
cabe al que supo conquistar un puesto
que al valor, la lealtad y al patriotismo
le debe, al par que á su preclaro ingenio,
le concedió la mano de su hermana,
á la cual él amaba con extremo.
Negar que yo le amé desde aquél día
con entrañable y virginal afecto,
fuera negar la luz del sol radiante,
fuera negar la claridad del cielo.
Público fué este amor, ninguno en Roma
dejó de conocer nuestro proyecto:
solo vuestra invasión la causa tuvo
de demorar aquél enlace nuestro.
Asaltásteis á Roma. Esclava vuestra
la hicisteis por sorpresa ó por denuedo,

y como en pago á tu marcial conquista
exigiste mi mano á un débil pueblo,
que por librarse de tu férreo yugo
decretó mi infortunio y mi tormento.
Ni deshonra en mis hechos caber pudo,
ni deshonra jamás cupo en mi pecho;
mi patria me ordenó fuera tu esclava,
yo cumplí como buena su decreto;
mas esta esclavitud debes romperla.
Ya conoces mi amor grande é inmenso,
y aunque honrado ha de ser como fué siempre,
ha de durar mientras me quede aliento.

AT. ¡Oh, calla por piedad, Placidia, calla!

PLAC. Ni he de callar, ni tu clemencia impetro.
Desbordado el torrente hasta el mar llega
y allí se pierde en el abismo intenso...
Aunque basta que yo mi honor proclame,
como tu esposa soy, probarte quiero
cómo pensé yo, siempre en ese punto,
pues jamás olvidé lo que me debo.

AT. ¡No es menester, ya basta, no!

PLAC. Te he dicho
que no es preciso, pero yo te ruego
que guardes este escrito y de él te enteres.
Al marcharse Constancio, me lo dieron. Dádoselo.
Toma y adios. Después que el pliego leas,
lo que decidas tú, tranquila espero.
Si á Roma quieres que partamos juntos,
á Roma y más allá juntos iremos,
y si ceniza quieres que la hagamos,
yo misma á esa ciudad prenderé fuego,
¡que mi honor y mi honra inmaculada
por cima están del universo entero!

Sale Placidia por la izquierda.

ESCENA VI

ATAULFO.

Queda sumido en la mayor tristeza con el pliego en la mano y dice

¡Ventura de mi alma! ¡Dulce encanto!
Afán, delirio, gloria, gratos sueños,
esperanza, ilusión, dichas y amores,

todo perdido... ¡Todo en un momento!
¿Qué de mi vida á ser va de este modo?
¡Que es honrada, Placidia, aquí lo veo! *Leyendo.*
«Tu sacrificio, dice, iguala al mío,
¡puro fué nuestro amor y será eterno!
Nuestra patria lo exige: al inmolarlos,
como quien somos ambos cumpliremos.
Adios, Placidia, adios; ya en este mundo
no debemos jamás volver á vernos:
tú guarda el alma fiel para mí solo,
que al desprenderse pura de tu cuerpo,
eternamente quedará enlazada
á la que en mí se agita, allá en el cielo.»
Acaba de leer y después de una pausa dice:

¿Y si es verdad que el alma se desprende
de la materia vil, que forma el cuerpo,
y es eterna y divina, como él dice,
y han de unirse después en ese cielo?
¿Qué adelantar pudiera con matarlos
en mi ciego furor ó en mi despecho?
Nada, nada, juntarlos y más pronto,
si lo que él aquí afirma fuera cierto. *Pausa*
Calma, pues... Esperanza, no te alejes
que contigo tan solo viva al ménos,
que si te pierdo á tí, nada me queda,
y mientras vivas tú, todo lo espero. Pausa
¡Mi frente arde! ¡Mi cerebro abrasa!...
¡Siento un volcán rugir aquí en mi pecho!
¡Lava hirviente á mis labios encendidos
llegar parece que abrasando siento! Vacilante
Mi pie vacila: aire necesito
Se ofusca mi razón. Si ahora la pierdo,
las glorias de los godos se oscurecen
y cual ella á su patria, á ellos me debo.
¡Aire... Aire!... Ese parque me convida.
¡Soledad!... ¡Soledad!... A tí me entrego.
Aclara mi razon que se oscurece
con las dudas horribles que sostengo,
y jamás la razón fué tan precisa
á este turbado y loco pensamiento.
Sale vacilante por el fondo dirigiéndose por la derecha

ESCENA VII

WALIA. —SIGÉRICO —BASCO.—GISERICO.

WALIA. Contemplando desde la puerta á Ataulfo.
¡Ah! ¡por fin lo engañó! ¡El leon vencido,
ya domado se aleja de su dueño!
¡El, tan grande, tan fuerte y poderoso,
así se arrastra dócil por el suelo!
¡Oh! ¡Vergüenza! ¡Oh! ¡Baldón! De su bravura,
de su antigua fiereza ¿qué se ha hecho?
¡Una mujer tan solo, y sin amarlo,
le tiene á su capricho así sujeto! A Sigerico.
Pues es preciso que tomemos todos
venganza de un ultraje tan sangriento,
que manchando su nombre, tambien mancha
las glorias que alcanzó con nuestro esfuerzo.
Tú cuentas con tu gente, Sigerico,
yo con su amor de hermano también cuento.
El paso es arriesgado.

SIG. Y bien, ¿qué importa?
WALIA. ¿Y si intenta Ataulfo saber luego
SIG. quiénes le dieron muerte á la traidora?

WALIA. Entre tantos, jamás podrá saberlo
ni castigar tampoco el atentado,
si no mata después todo su ejército.
Esto ha de ser para salvar la honra.
¿Estáis conformes y os halláis dispuestos?

BATCO. } ¡Sí! ¡Sí!

GISÉR. }
BASCO. } Que muera ~~ya~~ Roma *y á*
WALIA. } Pues que muera.

BASCO. Y su hermano con ella.

WALIA. No; ese luego;
que no se diga nunca que matamos
á un enemigo rey que está indefenso.
Ella debe morir, porque es adúltera
y nuestra ley condena el adulterio
é impone ese castigo á la que falte
sin pudor y sin honra á ese precepto. Dirigiéndose á
Sigerico.

Tú la traes hasta aquí y por la fuerza con nosotros saldrá. Vé pronto.

SIG. Dudando.

Pero...

¿y si Honorio se entera?...

WALIA.

Si se opone y un grito dá que estorbe nuestro intento y que pueda llegar á los oídos de mi imbécil hermano... Llevándose la mano al puñal.

SIG.

Ya te entiendo.

WALIA.

Díle que venga, que su hermano Walia hablarla aquí desea. Corre presto. *Y se va*
No lo dudes, vendrá; díle si acaso Sonriendo irónicamente. que su clemencia y su perdón anhelo. Sale Sigerico por la derecha.

Cierra bien esa puerta, Basco amigo. Cierra Basco la puerta del fondo por dentro.

Y si intenta gritar, con este lienzo Sacando un pañuelo ú lienzo.

la boca la tapamos y en seguida abres la puerta y en los brazos nuestros con sigilo á esa plaza la llevamos y á cargo lo demás quedará de ellos.

ESCENA VIII

WALIA.—GISERICO.—BASCO.—PLACIDIA.—SIGERICO.

PLAC. Me ha dicho Sigerico que deseas hablarme, Walia. ¿Qué me quieres?

WALIA. Quiero

que sepas de una vez que nuestra gente aunque algo inculta, honrada hasta el extremo, tu muerte ha decretado por adúltera, y que vas á seguirnos al momento.

PLAU. ¿Qué dices? ¡Oh traidor!

WALIA. Lo que escuchaste;

que á morir por tu infamia y adulterio, ese, mi pueblo godo, te sentencia, sin que sepa tu esposo su decreto. Ven pues, conmigo que impaciente aguarda.

PLAC. Asesinos. Abortos del infierno

¿á una débil mujer, porque está sola á tanto os atreveis?

WALIA. Amenazador. Síguenos presto ó de mí no respondo.

PLAC. ¿Y es posible?

¿Tanta infamia haber pudo en tu pecho?

WALIA. Basta.

PLAC. Tú, aguardaste á que tu hermano no pueda ver tu criminal intento, para ultrajar á la que ya es su esposa, tan solo porque á él le tienes miedo...

Yo te he visto salir de aquesta sala dócil á su mandato como un perro que humillado y cobarde lame y besa el brazo que á azotarlo va colérico.

Tú me viste tranquila como ahora despreciando el peligro y tus enredos sin dar satisfacción de los ultrajes que tú fraguaste por envidia ó celos.

¿Quién más digno de honor! ¿Tú que has mentido y en mi asesino te conviertes luego, ó yo, que honrada, pura y virtuosa, te sigo á ese cadalso y te desprecio?

WALIA. Yo sí que te desprecio. ¡Y... vamos!

TODOS. ¡Vamos!

PLAC. Ya os sigo sin tardar.

WALIA. Queriendo tapar la boca á Placidia. Con este lienzo es preciso taparte antes la boca.

PLAC. ¿Y quién se atreverá? Rechazándole.

WALIA. Dirigiéndose á todos. Todos.

PLAC. Oponiéndose. Veremos.

Se arrojan á Placidia los cuatro y quieren sujetarla para taparla la boca. Ella resistiéndose.

¡Ah, cobardes, infames!

WALIA. Si resistes

á morir vas aquí.

PLAC. Pues lo prefiero.

SIG. ¡Guárdate Walia! Deteniendo á Walia que va á herirla.

PLAC. Forcejeando grita. ¡HONORIO!

AT. Dentro gritando. ¿Qué sucede?

Ataulfo forcejeando con la puerta dentro, grita.

¡Abrid, abrid!

PLAC. ¡Cobardes! Otro esfuerzo, si quieres Ataulfo, verme viva.

ESCENA X

Los mismos, ATAULFO y HONORIO, seguidos de los godos y romanos.

AT. Forcejea un momento más desesperadamente en la puerta y ábrese esta violentamente de par en par apareciendo en ella.
¡Por salvarte yo á tí, abriera el cielo!
Se adelanta Ataulfo seguido de Honorio los godos y romanos, mientras que confundidos los cuatro godos que había en escena se retiran avergonzados. Ataulfo coge á Placidia en sus brazos y dice con gran ira.
¿Qué ha sucedido aquí? ¿Qué ha sucedido?

HON. Habla Placidia.

PLAC. A Ataulfo señalándoles.

Esos cuatro traidores se atrevieron á profanar la majestad escelsa que hasta el trono elevaste de tu reino. Y han osado poner sus férreas manos sobre mi rostro y delicado cuerpo tratándome lo mismo que si fuera un criminal odioso ó débil siervo.

Ataulfo en medio de la mayor ira suelta á Placidia, se acerca á Walia y Sigerico.

AT. ¿Tú, Walia y Sigerico os atrevisteis á tanto con mi esposa, y sin respeto á la reina de Hispania y á la hermana del gran emperador de aqueste imperio, profanásteis, sacrílegos, la hechura de este divino arcángel de los cielos azotando mi rostro, al par que el suyo con tan infame acción y con tal hecho?
¡Oh, perdona, Ataulfo!...

SIG.

WALIA.

AT. Sí, perdona...
¡Como reptiles, ambos, por el suelo arrastraros debeis, ante mi esposa!
¡De rodillas los dos, débiles siervos de Placidia, la reina de los godos!
¡Abajo... miserables, yo lo ordeno!

Caen de rodillas. Coje Ataulfo á Placidia de la mano y con gran autoridad, mostrándosela á todos los presentes, dice:
Y porque todos los aquí presentes á mi esposa jureis, amor, respeto,

de rodillas también todos, soldados,
ante la reina vuestra que os presento.

Todos se arrodillan, quedando en pié Ataulfo, Honorio y Placidia.

Ataulfo, sacando la espada, dice:

¡Solemne este ha de ser! ¡Vuestras espadas!

Todos desenvainan las espadas.

¿Lo jurais?

Todos.

Lo juramos.

Cruzando las espadas

At.

¡Así os quiero!

Y ahora que ya jurásteis obediencia

á este arcángel divino de los cielos,

grabad de las espadas en las hojas

vuestro solemne y santo juramento.

Adorad á Placidia, todos, todos,

como la adoro yo, febril y ciego

levantando un altar en cada mente

á donde suba en holocausto el pecho;

pues si pensando solo hay quien la ofenda,

¡rayo de Dios, en él será mi acero!

Quedan todos como se deja dicho.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salón en un castillo viejo de aquella época. A la derecha del espectador una puerta. Otra en el fondo que da á la muralla del castillo. A la izquierda del espectador una ventana grande. Dos armeros con armas del gusto también de la época, á los dos lados del fondo. Es al declinar la tarde.

ESCENA PRIMERA

VERNULFO. -- BASCO.

VERN. Ya la vida tranquila que llevamos en este fuerte, mi existencia cansa.

BASCO. Tienes razon, Vernulfo, hace tres años que este viejo castillo es la morada de nosotros, al par que de Placidia, reina desde esa fecha de la Hispania. Desde que nuestro rey á Barcinona por ley de su conquista suya llama, la reina de los godos no ha querido más corte, ni más lujo ni más casa, que este viejo castillo que ocupamos antes de á Barcinona conquistarla; mientras sitiado estuvo, y que tan cerca de la ciudad hermosa se levanta.

VERN. Todo eso está bien; mas, Basco amigo, algo mejor á nuestra gloria falta.

BASCO. ¡Es verdad! ¡Es verdad! ¿Y qué ha de hacerse?

el astro refulgente, que al ocaso,
siguiendo su destino, triste marcha.
Se hundirá en el abismo; el nuevo día
otra vez lucirá sus bellas galas,
y aunque ignoto, radiante vendrá ufano
derramando su luz inmensa y clara
sobre la flor hermosa que impaciente
su calor y su vuelta ansiosa aguarda.
Yo volveré otra vez á este castillo,
cuando él de nuevo en el Oriente salga,
y la flor de mi amor, mi bella esposa,
á su esposo, infeliz, verá sin ansia!

PLAC

Vé, señor, ahora mismo á Barcelona
que en la ciudad, sin duda, haces ya falta.
Bien sabes que mi amor murió hace tiempo,
y la muerte, señor, cuando arrebató
á una mujer cual yo un sentimiento
que se engendró purísimo en su alma,
ya no vuelve á existir en ella nunca:

AT.

¡en un sér como yo, por siempre acaba!
¡Oh! ¡por siempre!... ¿por siempre?... ¡Verdad dices!
Tú no sabes, mujer, cómo te ama
mi pobre corazón: tu frialdad seca,
me hace dudar hasta de Dios, ¡ingrata!...

PLAC.

¡Oh! no blasfemes así; que Dios es justo
y está por cima de la grey mundana.
¿Yo tu esposa no soy? ¿La madre tierna
de tus hijos también? Pues esto basta... *mas*
¿Qué exiges de mí? ¿No te respeto?
¡De tu capricho soy humilde esclava! Señalando al pecho.
¡Tu honor aquí lo guardo!... ¿Qué más quieres?
¡Ni aún recuerdo de mi patria amada
dejo asomar jamás al triste labio?...
¡Paso mi vida siempre resignada!...
Ni tú pedirme más Ataulfo puedes
ni más puedo yo hacer.

AT.

¡Oh, basta, basta!...
No aumentes mi sufrir. Tú no concibes
que esta lucha terrible despedaza
mi pobre corazón; hasta mis sueños,
que intranquilos son siempre, me anonadan
con sus locas visiones, con su engendro,
que incesante martirio me deparan.

PLAC.

No por mí, por tus hijos, Ataulfo,
desecha de tu mente esas patrañas.

AT. ¡Oh, quizás no lo son! En mí clavado
un agudo puñal, ví, que aquí estaba Señalando al pecho.
un momento no más... ¡Y después!... Oye,
qué horribles sueños mi cerebro asaltan. Pausa.
Sobre la arena que la mar detiene
al pié de esta mansión fortificada,
contemplando el fluir de la ola errante
que dócil á morir viene á esa playa,
iba yo ensimismado en mis amores;
¡eternos pensamientos que agigantan
el dolor de mi espíritu intranquilo
ansioso de una dicha que no alcanza!
Una voz argentina en el silencio
resonó por doquier, fijé la planta
y la vista llevé hácia las sombras
distinguiendo otra negra y más compacta.
Era un hombre que acentos amorosos
al compás de su cítara cantaba.
Unas puertas, de pronto, sobre goznes
giran chillando: el hombre al fin se calla
y otra voz aquí dentro le contesta
á su canto de amor y de esperanza.
Cesa á su vez el armonioso acento,
y del todo se abre esa ventana,
apareciendo en ella la figura
de una hermosa mujer, marmórea, blanca.
Aquél hombre la mira, de sus labios
un grito de placer ténue se escapa;
el negro manto arroja que lo cubre,
á la yedra del muro firme agarra,
y trepando por él de piedra en piedra
llega, rendido, do la sombra estaba.
Se acerca, la contempla, se arrodilla:
una mano le coge, se levanta;
y en su boca sus labios pone luego,
y con ánsia febril loco la abraza.
¡Tu nombre con un beso se confunde:
otro nombre despues tu labio exhala
que las cóncavas olas lo repiten
cual eco que en los huecos se propala,
perdiéndose del mar, allá muy lejos,
botando y rebotando en su ancha espalda!
Loco de celos al castillo subo,
las puertas ceden, entro en esta sala,
y al entrar á matar recibo un golpe

que de sangre mi cuerpo entero baña!
Arráncome el puñal del pecho herido,
y con la misma matadora arma
hiero el tuyo y el suyo, y á igual tiempo
tres cadáveres ruedan por la estancia.
¡Estos sueños horribles me aniquilan!
ni un instante de paz dejan á el alma:
es menester partir de este castillo,
lúgubre, negro, aterrador fantasma.
No por mí, por los hijos que invocastes,
concédeme, Placidia, aquesta gracia!

PLAC.

Tu esclava soy.

AT.

Pues bien: lo que yo anhelo,
es tenerte á mi lado y sin tardanza
vendrás conmigo... Sí, á Barcinona,
á seguirme, prepárate mañana.

PLAC.

Si lo mandas, iré... ¡Más por un sueño!...

AT.

Su reina, quiero que conozca Hispania.
Tus vestidos mejores y tus joyas,
para marchar á la ciudad prepara.

PLAC.

Pues lo ordenas... iré...

AT.

Con tus dos hijos.

Esto ha de ser, y adios.

PLAC.

Contigo él vaya.

ESCENA III

ATAULFO.

¡Siempre el mismo desdén, el mismo acento!
¡Siempre esta lucha horrible que me mata! Pausa.
¡La vida de este modo, es imposible!
¡Tres años de ansiedad tras un fantasma!
¡No puedo más, Señor! Tú que lo ordenas,
abre un abismo y en su fondo caiga
mi lacerado pecho que se obstina
en amar cada día y con más ánsia
á esa mujer que causa mis dolores,
mis celos, mis desdichas y mis lágrimas!
¡Lágrimas, tú Ataulfo! ¡Quién lo viera!
Mas esto no es llanto, no, esto es lava
que por mis ojos, cráteres violentos

arrojo del volcan que hay en el alma!

ESCENA IV

ATAULFO.—*Un godo con un pergamino en la mano.*

GODO. ¡Señor!
AT. ¿Quién se atreve? ¿Me habrá visto?
¡Oh, mengua vil de la flaqueza humana!
¡Qué quieres? Pronto, dilo.

GODO. Un mensajero
llegó de Barcinona: esto me encarga
entregarte; misterios y secretos dice,
que el pliego en sus renglones marca
y que atento á sus letras Dios te inspire
porque no venza Roma contra Hispania.
AT. El pliego.

GODO. Toma.

AT. Sal. ¡Ay de su vida
si alguno en la traición aquí pensara! Abre el pliego y lee.
AT. No te extrañe mi escrito, ni que llegue
con misterio á tus manos, rey de Hispania.
Sangre de godos por mis venas corre,
y por ello te aviso. Grey romana
al mando de Constancio, que á Placidia,
hoy más que nunca en su delirio ama,
ha llegado á tu reino decidida
á quitar con las puntas de sus armas
la corona que ciñes á tu frente,
y á llevarse á Placidia que te engaña.
¡Como entre suelo de aromadas flores,
brota el aspid de sangre envenenada,
así entre los soldados que te cercan
se abriga la traición! Prudencia, calma;
y que calma y prudencia rey excelso,
salvad á nuestros godos y á la pátria.”
¡Traición dentro los muros dó me hallo!
¡Traición entre los hijos de mi Hispania!
¡Traición entre vasallos de Ataulfo!
¡Idolo siempre de su hueste brava!
¡Loco está quien tal dijo en este pliego,
ultrajando á la vez á mi adorada!

¡Si de pensarlo, solo, justo cielo,
sienes y corazón del cuerpo saltan!
¡Basco! ¡Vernulfo! ¡Giserico! ¡Todos!

ESCENA IX

BASCO.—VERNULFO.—GISERICO.

AT. Mi escolta y mi caballo. A Vernulfo.

Trae mi espada

Vernulfo llega al armero y le da una espada. Se la ciñe y le dice à este:

A Barcinona al punto partir debo;

fiel como siempre este castillo guarda.

Tú ve delante y dile á ~~Giserico~~ *Sigerico*

que al momento aquí venga y que se traiga

cuanto ejército godo en Barcinona

pronto á batirse en el instante haya.

Más que la vida, Basco, esto me importa,

conozco tu lealtad y eso me basta:

con llevarme ahora mismo á Barcinona

á esa mujer su plan desbarataba,

mas si el sueño fué aviso, que se cumpla

y conmigo al abismo los dos caigan.

ESCENA V

VERNULFO.

VERN. Corre quizá á buscar allí la muerte;
mas tal vez no podrás ¡oh rey! hallarla,
porque cobardes tiemblan tus soldados
al mirarte de frente. No temblara
este fuerte brazo si el destino
pusiera en él la suerte de su patria.
Mas no todos, Vernulfo, en esta tierra,
para su dicha como yo se llaman.
¡Las glorias de los godos se oscurecen;
y una débil mujer sola es la causa!

¿Y esto ha de ser? ¡Oh! ¡No! Mientras yo viva,
aliente Sigerico, Basco y Walia,
no ha de faltarle, no, al imperio godo
un rey que á la victoria guíe sus armas!

ESCENA VI

VERNULFO.—CONSTANCIO.

Constancio aparece por el fondo; un godo que al llegar á la puerta le señala á Vernulfo que está de espaldas á ellos, se retira. Entra á escena Constancio; vuelve la cara Vernulfo; Constancio le dice:

CONST. ¿Eres Vernulfo?

VERN. Sí.

CONST. A tí te busco.

VERN. ¿Quién eres y qué quieres?

CONST. Si la fama

trajo hasta aquí el nombre de un romano
que al mismo Emperador hoy ya se iguala,
ese soy yo.

VERN. Pues bien; no te conozco.

CONST. Al general Constancio es á quien hablas.

VERN. ¿Y qué quieres de mí? Pero antes, dime,
¿quién hasta aquí facilitó tu entrada?

CONST. Eso no importa al caso, ni yo nunca
lo hubiera de decir aunque importara.

VERN. ¿Y bien?

CONST. Desde Roma aquí; he venido

tan solo por llevarme á una Romana
que vosotros, en esta fortaleza,
teneis hace tres años encerrada,
y pretendo que tú mi plan secundes
ó la fuerza emplearé para llevarla.

VERN. Sonriéndose con desprecio

Y esa mujer ¿quién es?

CONST. Galla Placidia.

VERN. ¿Estáis loco, señor?

CONST. Gente sobrada

traigo para sacarla de este punto;
y si algunos instantes no más pasan
sin que vuelvan á verme, este castillo
sin la señal que he dicho lo arrasarán.

VERN. ¿Qué estáis diciendo?

CONST. La verdad. Si quieres
asómate ahora mismo á esa ventana
y á los rayos del sol, que hunde su disco
verás el relucir de diez mil armas.

VERN.. ¡Oh traicion!

CONST. No te alarmes, tus soldados ni tú,
si me la entregas, temed nada
que mi sola ambicion en este mundo
es mi Placidia: y vuestra es toda Hispania.

VERN. ¡Toda Hispania, nos das!

CONST. ¡Toda, lo juro!
¡Por mi honor, por mi Dios y por mi alma!
¡Conque pronto, decide ó será tarde!

VERN. Pues á buscarla voy. Con ella tratás
y si á seguirte á Roma se aviniera,
yo recojo despues esa palabra.

CONST. Jamás á un juramento yo he faltado
y otra vez te lo juro.

VERN. Ya me basta. Sale Vernulfo por la derecha

ESCENA VII

CONSTANCIO.—*Despues PLACIDIA y VERNULFO.—Este último sale con ella, le señala á CONSTANCIO y se aleja por el fondo.*

CONST. ¿Qué me importa ni un reino, ni este mundo,
si mi esposa, Placidia, al fin se llama?
¡Esperanzas de amor, dichas y glorias,
que muertas para siempre yo os juzgaba,
alentad, alentad, aquí en mi pecho
que al fin está vuestra ambición colmada!
¡Mi Placidia!

PLAC. ¡Constancio!

CONST. Tu Constancio,
como en mejores tiempos le llamabas.
¡Por fin, bella Placidia. logré hallarte!
Tres años largos, de inquietud y ansias,
sin poder ni un momento ver tus ojos,
cárdenos de pesar, fuentes de lágrimas,
torrentes cristalinos de amarguras,
de tristeza y dolor cárcel amarga!

Ya por fin te encontré; y de mi lado,
pues que el imperio colosal te ampara,
no podrá separarte en este mundo
ningun poder ni condición tirana.

PLAC.
CONST.

¡Oh! ¿Qué dices Constancio?
Enseñándole un pergamino. Verdad pura.
El gran emperador aquí te manda
volver á Roma, que otra vez potente
gracias á tí y á mi valór se alza
por cima de los godos y del mundo.
á quien asombra ya nuestra arrogancia.
En este pliego, el gran Honorio ordena,
que sin demora de esta tierra salgas
y con diez mil soldados que yo traigo
la vuelta des á Roma sin tardanza!
Ven, Placidia, conmigo; la corona
que aún lleva Honorio en su cabeza cana
quiere ceñirla en la del fiel Constancio
y en la divina frente de su hermana
haciéndolos esposos: pues ya es nulo,
por un decreto que mi pecho guarda,
tu primer casamiento con el godo,
hecho tan solo por salvar la patria
de la invasión salvaje y traicionera
de esos tígres, sin Dios, sin fé y sin alma!

PLAC.
CONST.

¿Y quién firmó ese decreto?
El mismo Honorio:

y con Honorio conformóse el Papa...
Ya eres mi esposa tú; los torpes lazos
que al bárbaro cruel te encadenaban
rotos están, ¡por siempre, mi Placidia!
¡Ilusión de mi vida y mi esperanza!

PLAC.

¡Oh, no, Constancio, no; fuera locura!
¡No hubiera madre, no, tan inhumana
que por ceñir esa imperial corona
dos inocentes ángeles dejara
abandonados, sin saber la suerte
que sin su amparo Dios les señalaba!
¡Parte á Roma otra vez; dile á mi hermano
que tal delirio, con tu amor fraguaras,
que mientras viva el rey que por esposo
me dió en Narbona nuestra altiva patria
para librarse de su eterno yugo
no he de hacerle traición, que me infamára,
pagando su nobleza con traiciones

ferre

- indignas de Placidia y de su raza!
CONST. ¡Y de ese modo el sacrificio heroico
de tu pueblo, de Honorio y de mí pagas!
PLAC. Quizá de esta manera honro yo á Roma,
mas que al seguirte, ahora, ella me honrara.
CONST. Pues á la fuerza, fuerza; y pues lo quieres;
no es ya Constancio, no, quién te lo manda,
ni el noble Emperador tu augusto hermano;
es tu ejército audaz, que allí se acampa,
y decidido está por grado ó fuerza
á rescatar su noble soberana
pagando como debe las virtudes
de quien supo inmolarsé por sus armas! Va á llamar.
PLAC. ¡Oh, detente, Constancio!
CONST. ¿Te decides?
PLAC. ¡Eso, jamás!
CONST. ¡Piénsalo bien!
PLAC. ¡Ya basta!
CONST. ¡Por última vez, Placidia!
PLAC. ¡Lo he pensado,
y el pensarlo tan solo, ya me infama!
Va Constancio á salir por el fondo y aparece en él Ataulfo, Retrocede
Constancio y Ataulfo avanza apasionadamente á Placidia.

ESCENA VIII.

CONSTANCIO.—PLACIDIA.—ATAULFO.

- AT. Gracias, esposa, gracias, ¡yo te admiro!
¡Sus deudas y mi amor qué bien lo pagas!
Con desprecio a Constancio.
Sal, Constancio, de aquí: yo te desprecio:
en él, tan solo, cifro mi venganza!
CONST. ¿Yo salir sin Placidia? No. Ataulfo;
vine por ella aquí para llevarla
ante su hermano Honorio, que el imperio
á su emperatriz excelsa ansioso aguarda;
y si nó me la entregas al instante, Señalando á la ventana.
á una señal que desde aquí les haga
vendrán por ella, y tu indefensa hueste
en su ciego furor será inmollada.
AT. ¡Pues que venga por ella, sí, que venga

ese traidor ejército que mandas
á arrebatarme á mi adorada esposa
á la que un reino dí noble y sin mancha,
á el ángel puro, de tu amor maldito,
de tu ambición objeto y de tus ánsias.
¡Que venga, oh! sí! ¡que venga, y verá entónces
cómo el leon con su potente garra
le disputa, á esa turba envilecida,
la prenda de su amor idolatrada!

CONST. Recto el pacto está ya que hiciste en Roma;
si á Placidia me entregas sin tardanza,
lo demás respetado por mí queda:
extiende tus conquistas por Hispania,
nómbrate rey ó emperador si quieres,
nadie osará oponerse á lo que hagas:
mas si aquí la retienes por más tiempo,
si al punto no accedieras á entregarla,
la guerra te declaro y el castillo
presa será al momento de las llamas.

AT. ¡Ah! ¡Cobarde! ¡Traidor!

CONST. Hay entre ambos pendiente

un duelo, nuestra fé empeñada
dejamos aquél dia. y ahora mismo
debemos de cumplir nuestra palabra.
Si al Pirene no fuí cuando afanoso
cruzaste tú sus ásperas montañas,
como mi labio te ofreció aquél dia,
fué porque hueste con que ir no hallaba;
pero hoy que aquí la tengo valerosa
y el mismo Honorio por su rey me alza,
abdicando su imperio y su corona
en aquél que desprecio te inspiraba,
hoy resuelto aquí vengo, como amante
ó legítimo rey de esa cuitada,
á llevármela á Roma y á matarte,
si precisa es tu muerte por llevarla;
conque apréstate pronto ya á ese duelo,
ó entrégame al instante á esa romana,
que si á seguirme ella no se aviene
como reina de Roma idolatrada,
yo, que soy su señor, te la reclamo,
no como reina ya, como mi esclava.

AT. ¡Así te quiero yo, gracias al cielo
que tanta dicha para mí guardaba!
Ni el imperio de Roma será tuyo,

ni tu esposa ha de ser mi esposa amada!
¡Ni esclava de tu amor ni de tu cetro
será, quien es emperatriz de Hispania!
Sólo un cadáver ~~dentro de muy poco~~ *tu dentro de p*
serás, que al foso del castillo caiga,
pregonando al caer, cómo Ataulfo
contesta de tu imperio á la demanda! Desenvainando.
el acero.

CONST. Veámoslo, pues.

PLAC. Poniéndose entre ambos

¡Constancio! Y tú Ataulfo,
un momento escuchad!

AT. Apartándola.

¡Quítate!

CONST. Lo mismo.

¡Aparta!

PLAC. ¡Por piedad! ¡Por piedad!

AT. Fuera de sí se preparan al combate

¡Placidia: quita!

ESCENA ULTIMA

Dichos y GODO y VERNULFO

VERN. ¡Ataulfo!

GODO. ¡Señor'

AT. ¡Qué?

VERN. Las murallas

de este viejo castillo, inmensa hueste
con ímpetu y furor á un tiempo asaltan,
y tu sola presencia cambiar puede
la derrota completa de tus armas.

AT. ¡Por matar yo tan solo á este romano
el reino que fundé matar dejara,
que primero que el reino de los godos,
es el amor voráz que me arrebató! Riñen.

VERN. Que debe quedar á su entrada á la espalda de Ataulfo da á este por
ella una puñalada diciendo.

Pues antes de que muera nuestro imperio,
muera el que así su desventura labra.

AT. ¡Oh, traidor!...

VERN. ¡No lo he sido, pues es justo,

que por cima del rey esté la patria!

CONST. Amenazando á Vernulfo. ¡Miserable!

PLAC. Abrazando á Ataulfo. ¡¡Ataulfo!!

AT. Tratando de contener á Constancio. Le perdono.

CONST. ¡Yo nunca perdonar puedo esa infamia!

A ese traidor; colgado de una almena.

VERN. Al que sujetan violentamente romanos y godos.

Así cumples, Constancio, tus palabras.

CONST. ¡A ellas no faltó nunca, mas tu crimen

es tuyo solo y con la vida pagas!

Sale Vernulfo con algunos soldados.

PLAC. ¡Dios mio!... ¡Señor!...

AT. Morir me siento.

PLAC. ¡Gran Dios! ¡Ay!

AT. ¿Lloras? Pagadas

dejas con esas lágrimas que viertes

todas mis penas y crueles ansias...

¡Yo te amé sobre todo lo del mundo!

Como nunca ya más serás amada...

Adios, Placidia... Adios...

¡Mis pobres hijos!...

Cuida de ellos; mi amor te lo reclama!

Y mientras tibio esté mi cuerpo inerte,

en él tus brazos con amor enlaza,

y ahora en mis lívidos ojos pon constante

tu celestial purísima mirada

que fijando en la tuya yo los míos

infiltrándose va por ella el alma! Muere.

FIN.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *Don M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado*, y de los *Sres. Córdoba y C.^a*, Puerta del Sol; de *D. Saturnino Calleja*, calle de la Paz, y de los *Sres. Simón y Osler*, calle de las Infantas.

PROVINCIAS

En casa de los Corresponsales de esta ADMINISTRACIÓN.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administración*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.